

En cuyo cáliz brillará escondida
la lágrima, tal vez, con que tu amada
acompañó el adiós de tu partida...

No se conoce poeta alguno que haya sacado más originales bellezas de tan triste motivo, ni se concibe tampoco mayor fortuna de expresión en esa verdad científica.

Cantar el horror, poetizar la muerte, la descomposición animal en lo que tiene de más repugnante para nosotros, reservado estaba á un numen extraordinario como el de Acuña, á un talento desmedido que se burla del miedo y el asco humanos, transformando al igual de la naturaleza, lo más vil y despreciable en un objeto precioso.

El panteísmo de Acuña no lo rechazan hoy ni los románticos puros; aunque éstos no dejan de sorprenderse de que la poesía, mariposa ideal que revolotea entre flores, vaya á chupar vitales jugos en la carroña.

¿Cómo sentirse indiferentes á la novedad y hermosura de pensamientos que abundan en la citada composición? ¿Cómo no admirar al hombre que de tan ingrata materia hace una joya literaria que respetarán los siglos con

mucha mayor razón que el *to be or not to be* de Guillermo Shakespeare?

Si tuvo Acuña predecesores en la vulgarización de ciertas verdades, no los tuvo al respecto, como poeta, en lengua española. Ignacio Ramírez, el único que podía reclamar esa precedencia y á quien, como maestro, alguna parte cupo en los primeros vuelos de Acuña, no rayó sin embargo á la enorme altura de su discípulo.

Es el bardo coahuilense uno de los más grandes revolucionarios del arte, á quienes debe México el notable paso que ha dado en su poesía. Con la personalidad de Acuña empezó esta nación á surgir de la penumbra en que vivió muchos años para nosotros. Aquel esplendente faro, alumbrando desde tan lejos, llevó nuestras miradas al Golfo, y saludamos en él todos los americanos del Sud, á la tierra que sólo conocíamos por los nombres de *Cuauhtémoc*, *Hidalgo* y *Juárez*.

La significación de México cambió entonces para nosotros, de hazañosa y política, en literaria. Los brillos del talento pudieron más que los fulgores guerreros. A la admiración

sucedió el cariño. La voz de Acuña fué como el doble de una inmensa campana que se dejó escuchar en el Nuevo Mundo con vibraciones desconocidas. Era un tañido fúnebre, es cierto, pero que terminaba con las notas de un himno á México... Al suicidarse Acuña en edad tan tierna, confundióse nuestra admiración al poeta con una sorpresa trágica, y asistimos en su sepulcro al alumbramiento de una poesía digna del siglo, por su novedad y por sus alientos.

Hay que reconocer en algunos trabajos de Acuña la influencia de Campoamor. El más filósofo de los poetas españoles, tuvo forzosamente que impresionar al joven americano, filósofo también y por añadidura materialista; pero, lo que Campoamor ha prestado á Acuña es tan insignificante, que no pasa de las maneras del verso, de cierta naturalidad jocosa con que disimula el bardo asturiano el atrevimiento de sus conceptos.

La composición de Acuña que lleva por título *Uno y quinientos*, tiene en su forma toda la gracia distintiva del Campoamor, discípulo á su vez del humorista *Juan Pablo*.

Pensando las quinientas unidades
que el número quinientos componían,
que si quinientas eran
al uno y nada más se lo debían ;
en sociedad se unieron, y los miembros,
sin vacilar ni protestar alguno,
levantaron un templo y en sus aras
pusieron como Dios al número uno.

Mientras que unidos todos le adoraron,
á nadie aquello le causó extrañeza ;
pero, cierta ocasión en que uno de ellos
llegó solo del templo á los umbrales,
á pesar de la fe y el fanatismo,
se halló con que él y Dios eran lo mismo,
puesto que el uno y él eran iguales.

Después de recorrer estos renglones
que tantas reflexiones nos ofrecen,
deduzco entre otras muchas conclusiones,
que en materia de Dios y religiones,
los quinientos y el mundo se parecen.

Campoamor con la misma hoja de fino acero, no habría tirado sin embargo, á las creencias vulgares, la estocada tan á fondo que tiró Acuña.

El viejo maestro en esa esgrima del pensamiento, no acostumbra herir las cuestiones religiosas de la manera que el mexicano.

Tiene salidas muy impetuosas, multiplica sus movimientos en el ataque, se divierte con fintas originales aprovechando del terreno y de sus ventajas, hace primores con el florete; mas, cuando todos esperan que va á rematar el lance con una estocada á muerte, fija en tierra la punta que fué en sus manos una centella y lanza de improviso una carcajada ó suelta un lagrimón enternecedor.

¿Podía el incomprendible católico Don Ramón herir el fanatismo religioso universal de la manera que lo hace Acuña?

Esa burla sangrienta de la unidad por las unidades, esa *intención maldita* de Acuña apoyada en el valor de las matemáticas, en la ciencia que todo lo compone y lo descompone con arreglo á principios fijos, no pertenecen á la escuela del asturiano. Campoamor se pierde en la metafísica como los ilusionistas de teatro para ocultar su juego en las sombras. No tiene el valor de Acuña en la afirmación de ciertas verdades, y mucho más artista que el mexicano, carece de la sinceridad de este bardo, que puede fallar en sus raciocinios, pero que jamás pretende extra-

viar á sus semejantes haciendo empleo poco satisfactorio de su talento.

De la magnanimidad de Acuña y superior concepto que tuvo del progreso humano, hay una preciosa muestra en los siguientes renglones :

Sombras gigantes de Scipion y Ciro,
de César y Alejandro,
no os alcéis de la tumba á mis acentos ;
que si es verdad que vuestra gloria admiro,
me espanta vuestra gloria resonando
entre ayes de dolor y entre lamentos.
Yo no canto á vosotros, cuyos lauros
en la sangre crecidos
respiran con el aire de la muerte ;
yo no canto á vosotros, los temidos,
los que formáis las leyes con la espada
sin tener más derecho que el del fuerte.
Vuestros nombres sublimes
no hacen arder la sangre de mis venas ;
yo canto á Atenas enseñando á Roma,
no canto á Roma conquistando á Atenas.

Hé allí un poeta verdadero hijo de la civilización moderna, limpio de esa torpe admiración á la fuerza, que se revela en muchos bardos de América. Contrista en efecto, ver á jóvenes poetas del Nuevo Mundo elevar to-

davía sus cantos á Bonaparte y otros genios guerreros, que resultan hoy criminales, por mucha que haya sido su ciencia de sojuzgar pueblos y matar hombres.

Acuña es un digno engendro de la Libertad y el estudio. Él canta á *Atenas enseñando á Roma*, pero no á *Roma conquistando á Atenas*, porque prestigio mayor no cabe en su alma que el del saber y la inteligencia.

Los héroes sanguinarios ejercen sobre ciertos poetas la misma fascinación que las serpientes sobre los pajaritos cantores. ¿Qué vienen á ser en el fondo, los mansos individuos que cantan á Alejandro, César y Napoleón, sino pajaritos...? Y esos poetas americanos que por aplaudir el genio militar divinizan la tiranía, no solamente olvidan su fe patriótica sino que hacen traición á sus intereses. Cuántos bajo el imperio del sér glorioso que alaban, no tendrían libertad para la simple manifestación de su pensamiento! Cuánto general perinclito, en vez de gozar con el talento de esos poetas, aprovecharía tan sólo de ellos el cuero para vibrante parche de sus tambores!

Es digna de notarse en Acuña, su general tendencia en pro de los desvalidos.

En su composición *La Ramera*, defiende con valentía á esta pobre mujer víctima del hombre, y tiene rasgos humanitarios de una elocuencia que llamarse puede apostólica.

Humanidad pigmea,
tú que proclamas la verdad y el Cristo,
mintiendo caridad en cada idea :
tú que de orgullo el corazón beodo,
por mirar á la altura
te olvidas de que marchas sobre lodo :
tú que diciendo *hermano*,
escupes al gitano y al mendigo
porque son un mendigo y un gitano :
allí está esa mujer que gime y sufre
con el dolor inmenso con que gimen
los que cruzan sin fe por la existencia ;
¡ escúpela también...! ¡ anda. ! ¡ no importa
que tú hayas sido quien la hundió en el crimen,
que tú hayas sido quien mató su creencia !

Así comienza esta silva reputada por una de las mejores de Acuña, y que lo es en efecto, si se atiende á la energía de la frase y á la magnanimidad de los pensamientos.

No canta el poeta á la *Ramera*, cual otros

mal aconsejados hijos de Apolo, sino que la defiende como abogado de la desgracia y reclama para ella sólo justicia.

El hombre noble jamás escupe á esos seres en que imprime el vicio una marca. Huye de su contacto, pero no les niega el tributo que paga todo corazón bien puesto al que sufre.

Filósofo mentido...!
Apóstol miserable de una idea
que tu cerebro vil no ha comprendido !
Tú que la ves que gime y que solloza,
y burlas su sollozo y su gemido...
¿ Qué hiciste de aquel ángel
que amoroso y sonriente
formó de tu niñez el dulce encanto ?
¿ Qué hiciste de aquel ángel de otros días,
que lloraba contigo si llorabas
y gozaba contigo si reías... ?
¡ Te acuerdas... ! Lo arrancaste de la nube
donde flotaba vaporoso y bello,
y arrojándolo al hambre,
sin ver su angustia ni su amor siquiera,
le convertiste de camelia en lodo :
¡ le transformaste de ángel en ramera !

¡ Maldito tú que pasas
junto á las frescas rosas,
y que sus galas sin piedad les quitas !
¡ Maldito tú que sin piedad las hieres,

y luego las insultas por marchitas !
¡ Pobre mujer... ! ¡ Juguete miserable
de su verdugo mismo... !
Víctima condenada
á vegetar sumida en un abismo
más negro que el abismo de la nada,
y á no escuchar más eco en sus dolores,
que el eco de la horrible carcajada
con que el hombre le paga sus amores !

La indignación de Acuña contra los miserables que escarnecen su propia obra, no puede ser más moral ni más pura. Se eleva sobre todas las pequenezes humanas, sobre todos los cálculos egoístas cuando añade :

¡ Pobre mujer á la que el hombre niega
el sublime derecho
de llamar hijo á su *hijo* !
¡ Pobre mujer que de rubor se cubre
cuando le escucha que la grita *madre* !
y que quiere besarle, y se detiene,
y que quiere besarle, y calla y gime,
porque sabe que un beso de sus besos
se convierte en borrón donde lo imprime !

Muy lejos podría irse en el análisis filosófico de estos versos.

Nuestra sociedad, tal como está constituida,

es un juez severísimo para ciertos *culpables*, y aun para los que, como Acuña, levantan en su defensa una voz misericordiosa.

Todavía es la castidad en el mundo, la primera de las virtudes; todavía ocupan las miserias del cuerpo un lugar preferente sobre las delicadezas del alma.

Para un vecino *honrado*, imbuído en la moral de estos tiempos, nada valen las cualidades de una mujer si no tiene ésta un aduanero certificado ó resguardo de pudicicia. Sin descender hasta la ramera que puede ser muy caritativa y muy generosa, no cabe punto de comparación ante los ojos de ese honrado vecino, entre la mujer fiel que se unió á un hombre sin intervención de la Iglesia, y la *señora* que con intervención de la Iglesia tiene ancho campo á sus picardías...

¿Cómo predicar hoy la superioridad de una mujer de libres costumbres, pero de corazón bondadoso, sobre tanta doncella á más no poder, codiciosa, ruín, sin entrañas, y que alberga en un cuerpecillo casto las invencibles furias de Satanás?

El honor sexual... ¡Eterna pesadilla de los

hombres y las mujeres; exageración de moralidad que conduce muchas veces al crimen y á las monstruosidades de la carne en el obligado misterio de las alcobas!

Pero, otros días vendrán en que acabe tanta demencia que acusa, tanta hipocresía que goza, tanta brutalidad que legisla al amparo de la hipocresía y de la demencia...

Acuña, ha dicho uno de sus biógrafos,— Don Rafael de Zayas Enríquez,— sintió una impaciencia febril por la producción, como si tuviera la conciencia de que el tiempo había de faltarle.

¿Qué sería hoy este poeta á no matarse tan joven? Nadie puede medir con exactitud el desarrollo intelectual de Acuña, pero no es aventurado decir que quien comenzó tan temprano escribiendo versos extraordinarios, que son la admiración de cuantos conocen hoy nuestra lengua, estaba destinado en fuerza de los años y del estudio á producir obras no inferiores á las de los poetas más grandes en este siglo.

Colombia, rival de México en el número y calidad de sus bardos, perdió en 1887 á Joa-

quín González Camargo, estudiante de medicina como Acuña, y que, rara coincidencia, á los veinte y dos años recién cumplidos se reunió con éste en la eternidad. González Camargo era un discípulo de Acuña, á juzgar por la siguiente composición que reproduzco en homenaje de ambos poetas.

En la sala anatómica desierta,
desnudo y casto, de belleza rara,
el cuerpo yace de la virgen muerta,
como Venus tendida sobre el ara.

Lánguida apoya la gentil cabeza
del duro mármol en la plancha lisa,
entreabiertos los ojos con tristeza,
en los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
del hombro haciendo torneado lecho,
viene á cubrir la suelta cabellera
las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta, dormida me parece ;
pero hay en ella contracción de frío ;
es que al morir, el cuerpo se estremece,
cuando siente el contacto del vacío.

Mas, yo que he sido de la ciencia avaro,
que busco siempre la verdad desnuda,
á estudiar aquel libro me preparo,
interrogando á la materia muda.

Al cadáver me acerco: en la mejilla
brilla y tiembla una lágrima luciente...
¡Un cadáver que llora!... mi cuchilla
no romperá su corazón doliente.

Del estudio me olvido, y me conmueve
tanto esa gota silenciosa y yerta,
que los raudales de mi llanto en breve
se juntan con el llanto de la muerta.

González Camargo, como se ve por los anteriores versos, fué un discípulo de talento que no un imitador de Acuña en sus famosos tercetos *Ante un cadáver*. Ambas composiciones tienen el mismo teatro,—la mesa de disección; el colombiano se inspira en el sentimiento mismo de Acuña, pero no hace una copia servil de sus versos, sino que enriquece la poesía de Colombia con una producción bellísima y nueva por mucho que recuerde las sublimes notas del mexicano.

Un temor que calificaré de pueril, ha traído á los coleccionistas de las obras de Acuña, de comprender entre éstas, una décima *A Dios*, que de puño y letra del autor he visto escrita en el álbum de su amiga Rosario. Menos escrupuloso yo, regalaré á mis lecto-

res con esa décima, á bien seguro de que no será el mayor atrevimiento de que me acusen los que conmigo no piensan en estas páginas:

Supremo y obscuro mito
hijo del miedo del hombre,
que piensa encontrar tu nombre
en todas partes escrito:
si tú eres el infinito,
si es infinita tu esencia,
si probando tu existencia
todas las formas revistes,
¿por qué si es verdad que existes,
no existes en mi conciencia?

X

Juan de Dios Peza es un rey sin trono, pero con infinitos vasallos.

Ha conquistado los corazones de todo un mundo.

Su poder es omnímodo, allí donde el sentimiento de la familia es una verdad.

¿Quién como él ha cantado el hogar y las dulzuras que le son propias, de una manera más sencilla y más elocuente?

La crítica de un Venancio González podrá encontrar en sus versos tal ó cual defectillo; pero, las almas sensibles, buenas, ó simplemente humanizadas por el amor, dirán siempre ante esos versos lo que un grande hom-